

## **Las honras fúnebres del general Manuel Belgrano**

**por**

**Hernán Antonio Moyano Dellepiane**

“¡Ay, patria mía!”  
Manuel Belgrano

A las siete de la mañana del 20 de junio de 1820, en Buenos Aires moría el general Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano en la misma casa donde nació cincuenta años antes, a treinta metros del Convento de Santo Domingo. Fue vestido con el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo y enterrado en el sepulcro cavado al pie de la pilastra derecha del arco central del frontispicio del templo anexo al convento homónimo, en una caja de pino, cubierta con paño negro y cal. Encima se colocó una losa de mármol cortada de una cómoda de su hermano Miguel<sup>1</sup>. Belgrano murió en medio del caos y de la anarquía el mismo día en que en Buenos Aires se sucedían tres gobernadores.

Antes del entierro, el doctor Juan Sullivan efectuó la autopsia por pedido del doctor José Redhead, médico personal de Belgrano. Una carta de Sullivan a Redhead constituye un conmovedor testimonio de admiración por el héroe:

Su muerte se mira hoy como la de un simple particular, pero cuya memoria en los siglos venideros se reverenciará como un ramo

---

<sup>1</sup> Belgrano fue enterrado humildemente en el atrio del Convento de Santo Domingo e iglesia de Nuestra Señora del Rosario. Sus padres también pidieron tener por mortaja el hábito de terciario dominico y ser enterrados en el convento de la Orden. Manuel Belgrano, sus padres y sus hermanos estuvieron siempre vinculados a la comunidad dominica y al templo que ésta erigió en honor de la Virgen del Rosario. Allí Belgrano aprendió sus primeras letras. Podemos agregar que los frailes dominicos lo asistieron en su agonía. La casa donde nació y murió Belgrano, ubicada en la Av. Belgrano entre Bolívar y Defensa, fue demolida en marzo de 1909.

robusto de aquel árbol que sus servicios y sacrificios plantaron en el seno de su Patria<sup>2</sup>.

Ocho días después de la muerte del prócer, el 28 de junio de 1820, se realizaron sus funerales, casi en secreto, en momentos en que se libraba el combate de Cañada de la Cruz, ante la indiferencia de los porteños. El ex gobernador intendente de Córdoba, Manuel Antonio de Castro, rindió el homenaje diciendo:

La justicia era el nivel de su conducta. El jefe y el soldado, el poderoso y el desvalido, todos eran iguales en presencia de Belgrano, cuando se trataba de los derechos de cada uno.

Jamás disimuló faltas ni delitos por la clase de personas y sólo el benemérito y honrado era acreedor a sus consideraciones. La generosidad formaba su carácter, con ella se hizo dueña del corazón de los pueblos y aun de sus mismos enemigos. ¡Desinterés! Olvidaba sus propias necesidades para socorrer las de sus compañeros de armas y las de todos los menesterosos. ¡Honor! El suyo fue extremadamente delicado.

*Conservez le souvenir d'un héros, dont la bonté avait égalé le courage*<sup>3</sup>.

Sólo una “gaucha de Morón” protestó en verso por el “triste funeral, pobre y sombrío / que se hizo en una iglesia junto al río” a un patriota guerrero y fundador de escuelas; ni siquiera la municipalidad había estado representada, a pesar de haber recibido de sus manos “el magnífico cuadro de blasones / que tiene en el salón de sus sesiones”, o sea la famosa tarja de plata de Potosí<sup>4</sup>. La rimada

---

<sup>2</sup> ARTURO RICARDO YUNGANO, “Testamento y muerte de Manuel Belgrano”, en: *Manuel Belgrano. Los ideales de la patria*, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 1995, p. 94. Durante el sepelio de Belgrano no hubo ni formación de tropas, ni discursos, ni gente; sólo el silencio como homenaje. ¿Podía suponerse un pueblo tan desagradecido y un gobierno tan indiferente?

<sup>3</sup> YUNGANO, *op. cit.*, p. 95. Curiosamente, el mismo texto que hemos transcrito aparece en la *Gaceta de Buenos Ayres* del 1 de agosto de 1821; se trata de un extenso artículo que citaremos más adelante sobre los funerales de Belgrano del 29 de julio de 1821. La frase en francés transcrita pertenece a la oración fúnebre pronunciada por Bossuet el 10 de marzo de 1687 en Nuestra Señora de París al celebrarse los funerales de Luis de Borbón, príncipe de Condé.

<sup>4</sup> RAFAEL ALBERTO ARRIETA, “Exequias del general Belgrano”, en: *Manuel Belgrano. Los ideales de la patria*, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano,

protesta apareció en *El Despertador Teofilantrópico* del 12 de agosto de 1820, filoso periódico del padre Francisco Castañeda, y en éste obtuvo respuesta en un tono irónico similar.

Secretario del Consulado, vocal de la Primera Junta, vencedor de Tucumán y Salta, creador de la bandera, el pobre funeral de Belgrano guarda estricta relación con su vida, hecha toda de modestia y sacrificio.

Ante la inexistencia de homenajes reaccionaron los poetas. Los ex alumnos de Belgrano, Esteban de Luca y Juan Crisóstomo Lafinur, Juan Cruz Varela y otras dignas plumas compusieron cantos elegíacos y fúnebres en su honor.

Hubo que esperar hasta el año siguiente, el domingo 29 de julio de 1821, para el solemne homenaje que retrotraería las exequias de Belgrano en el sentimiento público, si no en el tiempo. Buenos Aires ya estaba pacificada y libre de las convulsiones de las demás provincias. Era gobernada por el general Martín Rodríguez y su progresista ministro de Gobierno Bernardino Rivadavia. Y al año y treinta y nueve días del fallecimiento del héroe advirtió el cañón del humilde Fuerte de Buenos Aires –bautizado con el pomposo nombre de Real Fortaleza de San Juan Baltasar de Austria–, desde el amanecer, cada cuarto de hora, que la ciudad estaba de duelo, y ésta se aprestó arrepentida a participar en las honras fúnebres correspondientes a capitán general en campaña.

El figurado entierro salió de la casa mortuoria a las nueve y llegó a la cercana catedral a mediodía, pues se hizo larga posa en cada bocacalle. Iba el armazón tumbal cargado por brigadieres y

---

1995, p. 96. Fray Rubén González afirma que los primeros funerales por el alma del héroe tuvieron lugar en el templo de Santo Domingo los días 27 y 28 de julio de 1820. Explica que como la promesa del Cabildo de mandar celebrar exequias se dilataba, el hermano y albacea del prócer, el canónigo Domingo Estanislao Belgrano, solicitó funerales en Santo Domingo y, el 28 de julio, entregó al convento ciento dos pesos por entierro y honras de su hermano. Agrega que a ellos asistieron únicamente los hermanos, sobrinos y algunos amigos del héroe. FR. RUBÉN GONZÁLEZ O. P., *El General Belgrano y la Orden de Santo Domingo*, San Miguel de Tucumán, Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, 2000, p. 19. Conviene recordar que los ritos fúnebres poseen mayor o menor despliegue de boato según la jerarquía de la persona fallecida.

coroneles, y lo seguían las corporaciones civiles y eclesiásticas, las comunidades religiosas y todas las cruces parroquiales presididas por la del cabildo eclesiástico, cuyo deán hacía de preste. Los comercios habían cerrado sus puertas, y la muchedumbre afluyó a la plaza donde el estado mayor a caballo, y los regimientos de línea y de cazadores, y una compañía de húsares y la artillería montada y otras fuerzas, todas enlutadas, constituían un espectáculo grandioso.

Un toque de clarín anunció la llegada del gobernador, de sus ministros, de los agentes diplomáticos de los Estados Unidos, de Chile y Portugal, de magistrados y altos funcionarios. Cuatro piezas de artillería atronaron al entrar en la catedral la cabecera del cortejo.

El templo estaba decorado con esplendidez. Impresionante túmulo de cuatro frentes se alzaba hasta el cornijón de la cúpula. Banderas ganadas al enemigo se entrecruzaban en cada uno de los pilares, también ornados con espadas, armas de fuego, tambores y cornetas. Iluminaban el conjunto numerosas hachas de cera y lacrimosos velones. La vigilia fue cantada y la misa se inició a las dos. Terminado el oficio subió al púlpito el prebendado doctor José Valentín Gómez, y su elogio fúnebre, de severa elocuencia, puso fin a la ceremonia. Quince disparos de cañón anunciaron su término. Eran las cuatro y media de la tarde<sup>5</sup>.

A diferencia de los homenajes religiosos y militares, algunos homenajes civiles tributados al prócer resultaron ingenuos y hasta ridículos como veremos más adelante. Es que Buenos Aires todavía era una gran aldea de costumbres pueblerinas.

---

<sup>5</sup> ARRIETA, *op. cit.*, pp. 96 y 98. La *Gaceta de Buenos Ayres* del miércoles 1 de agosto de 1821 pedirá a la “ilustre sombra de Belgrano” que perdonase a sus compatriotas. “Cuando te despediste para siempre de tu pueblo –decía en su larga crónica–, era justamente, cuando tenía más necesidad de tu presencia, de tu ejemplo, y de tus virtudes; porque al tiempo de perderte, había perdido también su libertad, su sosiego, sus leyes, sus magistrados, y estaba a riesgo de perderlo todo”. Hacia el final de la crónica expresa: “Perdimos a Belgrano: sí. Ya no vemos más que honores fúnebres, títulos, inscripciones, señales de su inexistencia. [...] No olvidéis jamás la memoria de su heroico valor, y de sus virtuosas acciones”. “A la memoria del brigadier general D. Manuel Belgrano con ocasión de sus funerales”, *Gaceta de Buenos Ayres*, n° 66, Buenos Aires, 1 de agosto de 1821, pp. 311-314. La glorificación histórica de Belgrano será potenciada por la labor pedagógica de Bartolomé Mitre.

A las cinco, la llamada sociedad lucida se reunió en casa de don Manuel de Sarratea, frente al atrio de Santo Domingo. Se había tendido en ella una amplia mesa para el banquete conmemorativo, una versión criolla de los funerales troyanos de Héctor. Grandes banderas colgaban de los muros del salón, y el retrato del prócer, coronado de laureles, presidía la reunión desde el testero. Sus amigos y sus compañeros de armas entraron al son de un himno compuesto especialmente para el acto. Su antiguo compañero de misión diplomática Rivadavia inició la libación. Levantó su copa, y derramándola sobre las flores con ademán sacerdotal, propuso una suscripción popular destinada a la fundación de una ciudad que llevara el nombre del ilustre patriota. Enseguida, el hacendado español José Ramón Mila de la Roca se dispuso a pronunciar un brindis que tenía escrito.

Era una alabanza del sentimiento de la amistad, pero don José Ramón se quedó sin voz a las primeras palabras, palideció y cayó desvanecido. El desmayo le duró más de una hora, y al recobrarse estalló en sollozos; aquel número inesperado acentuó el carácter patético de la conmemoración.

Tampoco faltaron las musas. Volvieron con gloria para inspirar sorprendentes creaciones. En la noche del 30 de julio de 1821 celebraba su función de beneficio en el Coliseo la actriz Ana Rodríguez Campomanes, quien la dedicó al “ilustre porteño general don Manuel Belgrano”. Se estrenó la pieza patriótica *La batalla de Tucumán*, y asistieron al acto, desde el palco oficial, el gobernador Rodríguez, su ministro Rivadavia y Manuel de Sarratea<sup>6</sup>. Quince días más tarde, con motivo del beneficio de la actriz Antonina

---

<sup>6</sup> ARRIETA, *op. cit.*, p. 98. *El Argos de Buenos Ayres* del sábado 4 de agosto de 1821 dice que la “*Batalla del Tucumán* se parece demasiado a las demás batallas que se dan en nuestro teatro: nada la hace recomendable sino su título y su objeto: y son los respetos a éste que al *Argos* le detiene para no hacer de ella la censura que correspondía”. No puede excusarse de decir que “es muy triste este modo de honrar a los héroes, vivos o muertos, y al público que les venera”. Sin embargo, nobleza obliga y *El Argos* felicita a Ana Rodríguez Campomanes por “el excelente resultado de su función consagrada al porteño general *D. Manuel Belgrano*”. “Coliseo”, *El Argos de Buenos Ayres*, n° 16, Buenos Aires, 4 de agosto de 1821, pp. 102-103.

Montes de Oca, se le rindió nuevo homenaje. Después de ejecutar la orquesta el himno del banquete fúnebre, se estrenó una loa compuesta por el benemérito actor Joaquín Culebras.

El héroe de Tucumán y Salta ascendía al cielo, donde era coronado por Jove –Júpiter–, Marte y Apolo; el general, sin desconcertarse ante ese tribunal ecléctico, dirigía una oración a su virgen favorita, María de las Mercedes<sup>7</sup>. Tenemos pues al difunto cristiano Belgrano en el Olimpo junto a una trinidad de dioses paganos que le imponen su corona de gloria, y a su Generala, Nuestra Señora de la Merced; mitología y religión, todo un cambalache, la Biblia y el calefón<sup>8</sup>.

Podemos agregar que De Luca había escrito la letra del himno mencionado; Lafinur celebró en una oda el panegírico pronunciado

---

<sup>7</sup> ARRIETA, *op. cit.*, p. 98. *El Argos de Buenos Ayres* del sábado 18 de agosto de 1821 dice que la función de Antonina Montes de Oca consiguió “una concurrencia tan brillante” como la deseada en su edición anterior, pero considera sumamente disparatado “hacer que la sombra de un héroe cristiano, que todos conocimos personalmente”, ascienda al Olimpo para ser coronado por dioses paganos. Agrega que no corresponde “hacer hablar al mismo héroe de la ‘siempre inmaculada virgen pura María de Mercedes’”. Explica que los dioses del paganismo se hallan absolutamente fuera de su lugar en todo argumento moderno, “y es imposible que vuelvan a producir el más mínimo efecto en nuestros teatros, a menos que no sea en estilo burlesco”. Sostiene que no deben nombrarse en las tablas a nuestros santos y que tanto éstos como los dioses paganos son igualmente impropios para el drama. “Coliseo”, *El Argos de Buenos Ayres*, n° 20, Buenos Aires, 18 de agosto de 1821, p. 124. Véase también el número anterior: “Coliseo”, *El Argos de Buenos Ayres*, n° 19, Buenos Aires, 14 de agosto de 1821, p. 119. Mitre opina que la coronación de Belgrano por los dioses del mundo antiguo asocia todos los tiempos y todos los cultos a su apoteosis. BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires, Editorial “Suelo Argentino”, 1950, p. 537.

<sup>8</sup> Belgrano atribuyó su triunfo en la batalla de Tucumán a la intercesión de la Virgen de la Merced. Lo reconoció públicamente al entregarle su bastón de mando y nombrarla Generala del Ejército Argentino. Belgrano no olvidó en aquellos momentos a su querida Virgen del Rosario del templo de Santo Domingo de Buenos Aires, a la que veneró desde su infancia, y le envió dos estandartes españoles. El Dr. Manuel Lizondo Borda (1889-1966) sostiene que la batalla de Tucumán es uno de los hechos más extraordinarios y ejemplares de la historia argentina. Con su victoria, Belgrano detuvo el avance de las tropas del virrey del Perú que pretendían sofocar a la Revolución de 1810.

en la catedral por el doctor Gómez; un soneto elegíaco, firmado con las iniciales V. L. –probablemente Vicente López–, apareció en *El Argos de Buenos Ayres* del 31 de julio de 1821. Fray Cayetano Rodríguez compuso un extenso elogio en prosa y hasta el desmayo del señor Mila de la Roca tuvo consagración poética en un soneto anónimo.

Casi un siglo después de la muerte del héroe, el 4 de septiembre de 1902, fueron retirados sus restos de la tumba abierta junto a la puerta principal de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario para colocarlos en una urna artística que más adelante se depositó en su mausoleo. El semanario *Caras y Caretas*, en su edición del 13 de septiembre de 1902, describe la ceremonia de exhumación de los restos de Belgrano y critica ciertas actitudes de los representantes del Gobierno, quienes no estuvieron a la altura de las circunstancias:

Numerosas personas reuniéronse el jueves anterior en el atrio de Santo Domingo para asistir a la exhumación de los restos del general don Manuel Belgrano. Como es sabido, los despojos mortales del gran porta-estandarte argentino yacían allí desde el 20 de junio de 1820 bajo la lápida de mármol con que el señor Cayetano María Cazón, cuando desempeñó la jefatura de policía, hiciera sustituir la antigua y mezquina losa hecha de una piedra de lavatorio que la familia, en aquellos tiempos de honorable pobreza, se vio obligada a colocar por todo monumento.

Las épocas han variado. Dentro de poco, el mausoleo artístico que una subscripción popular ha hecho encomendar a un escultor notable, guardará los restos al frente de esa misma iglesia que el noble patriota eligiera para lugar de su eterno reposo.

El gobierno había comisionado a los ministros González y Riccheri, y a los doctores Quiroga y Massot, para representarle en el acto de la exhumación, que dio comienzo a las 2 de la tarde, en seguida de llegar los señores nombrados.

Excavada la fosa con la mayor prolijidad para no perder el más pequeño fragmento de los restos, vióse lo que era de esperarse en nuestro clima húmedo. Ningún vestigio del ataúd se conservaba, y algunos huesos que aparecían dispersos, fueron colocados en una bandeja de plata sostenida por uno de los monjes del convento. Sólo

pocos dientes conservábanse en buen estado, y si la oportunidad no hubiera sido tan impropia, habríase celebrado la ocurrencia de un chusco al ver la curiosidad con que los ministros examinaban los caninos del gran hombre, y establecer una comparación mental con los afilados y mordientes de los políticos actuales...

La exhumación terminó a las 4 de la tarde, habiéndola presenciado, además de la comisión, los señores doctor Carlos Vega Belgrano y subteniente Manuel Belgrano, nieto y biznieto del general, respectivamente, doctores Luis Peluffo, Armando Claros, coronel Domínguez, mayor Ruiz Díaz, padre Becco y otras personas que firmaron el acta levantada en seguida ante el escribano mayor de gobierno.

Los doctores Marcial V. Quiroga, inspector de la sanidad del ejército, Carlos Malbrán, presidente del departamento nacional de higiene, y Julián Massot, jefe de la sanidad de la armada, se hallan encargados de redactar el informe médico-legal sobre los restos que fueron guardados en una urna para serles entregados a los citados facultativos.

Alrededor de esta ceremonia, y sin querer, por nuestra parte, extremar el comentario, se han producido diversas apreciaciones acerca de la impresión dejada por los representantes oficiales. Comenzando porque, ante la fosa abierta, como si no se tratara de cenizas históricas, que merecen a lo menos una veneración convencional, los ministros y sus acompañantes permanecieron cubiertos, sin revelar en su actitud la más mínima idea de edificar a los jóvenes que les rodeaban; y siguiendo luego por ese deplorable y justamente criticado incidente promovido por los señores González y Riccheri al llevarse pequeños despojos del héroe, es fuerza convenir en que la ceremonia no estuvo revestida de la solemnidad y hasta de la compostura con que deben celebrarse estos actos.

Tanto más digno de censura es esto cuanto que se trata de altos miembros del gobierno, los primeros sin duda obligados a mantener el decoro y la corrección en la ceremonia.

Está ya muy próxima la fecha de la inauguración del mausoleo, y entre las diversas manifestaciones que hará el gobierno, figura la



acuñación de una hermosa medalla conmemorativa cuyos grabados llamarán la atención, por lo artístico de las figuras combinadas.

Éstas serán: en el anverso: busto del prócer, y arriba en el contorno, la inscripción: «Manuel Belgrano», llevando en el exergo las fechas de su nacimiento y de su muerte «junio 3 de 1773—junio 20 de 1820».

En el reverso irá el escudo nacional rodeado de laureles en la parte superior, y abajo, la siguiente inscripción, en ocho líneas en forma lapidaria: «Precursor y Fundador. De la independencia argentina. Vencedor en Tucumán y Salta. El pueblo y el gobierno inauguran el mausoleo. A su inmortal memoria», complementándose la inscripción con la fecha inaugural del monumento.

El escultor Ximenes fue quien dirigió la operación de desenterrar los restos<sup>9</sup>.

Al año siguiente, el 20 de junio de 1903, se le rindió a Belgrano su más importante homenaje al trasladar sus restos a una sepultura digna de su jerarquía: un espléndido mausoleo levantado en el atrio del convento dominico e iglesia de Nuestra Señora del Rosario. Costeado por una suscripción pública lanzada en 1895 por los estudiantes de la Sección Sur del Colegio Nacional Buenos Aires (después Colegio Nacional Bernardino Rivadavia) y de la Escuela

---

<sup>9</sup> “El mausoleo a Belgrano”, *Caras y Caretas*, n° 206, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1902. En el mismo número aparece una caricatura de Aurelio Giménez que muestra al espectro de Belgrano saliendo de su tumba y señalando acusadoramente con su índice a los ministros González y Riccheri, mientras profiere: “¡Hasta los dientes me llevan! ¿No tendrán bastante con los propios para comer del presupuesto?”. GIMÉNEZ, “Los ministros odontólogos”, *Caras y Caretas*, n° 206, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1902. Todos los periódicos porteños estallaron de indignación ante el insólito proceder de los ministros González y Riccheri. Como consecuencia, las reliquias fueron devueltas al prior de Santo Domingo, fray Modesto Becco, quien informó de su devolución y acompañó en una misiva al matutino *La Prensa*, las justificaciones de los hombres públicos. El ministro González alegó que se llevó los dientes de Belgrano a fin de mostrarlos a sus amigos, y el ministro Riccheri, para presentarlos al general Bartolomé Mitre. El Dr. Arturo R. Yungano señala que el Dr. Sullivan, cuando realizó la autopsia de Belgrano, sintió un deseo vehemente de separar su corazón y guardarlo, pero otro abductor se opuso. YUNGANO, *op. cit.*, p. 95. Parece que todos deseaban atesorar algún “recuerdo” de Belgrano.

Nacional de Comercio y realizado por el escultor italiano Ettore Ximenes, el mausoleo es un valioso testimonio de lo que puede lograr la juventud cuando se ocupa de los asuntos de la patria<sup>10</sup>.

Felizmente, aquella ceremonia se realizó con toda solemnidad. Los cuerpos de Infantería y de Caballería formaron línea a lo largo de las calles Defensa, Belgrano, Venezuela y Bolívar. En la tribuna oficial, se situó el presidente Roca junto a sus ministros, los miembros de la junta ejecutiva de la comisión del mausoleo, diplomáticos, miembros del clero y jefes de guerra. Acompañado por una gran orquesta, el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Espinosa, celebró una misa rezada y entonó un solemne responso, mientras que el reverendo padre fray Raimundo Gabelich, subprior del Convento de Santo Domingo y orador sagrado de nota, se encargó de la oración fúnebre. Este último dijo en parte de su alocución:

Surge polvo de gloria; levántate y toma posesión de esa urna funeraria, erigida por la admiración y el afecto de un pueblo para recompensar tus virtudes: hoy, señores, inauguramos el mausoleo

---

<sup>10</sup> ENRIQUE WALTER PHILIPPEAUX, “El mausoleo de Belgrano”, en: *Manuel Belgrano. Los ideales de la patria*, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 1995, pp. 99-102. En 1857 y 1880 se utilizaron suntuosas carrozas fúnebres para trasladar a sus nuevas moradas los restos de Rivadavia y San Martín. La carroza fúnebre del general José de San Martín fue construida por el ebanista Carlos Sackmann en su aserradero a vapor de Buenos Aires en base a los planos de la carroza utilizada el 18 de noviembre de 1852 en los funerales del duque de Wellington. Ningún carro fúnebre de la historia argentina igualó en majestuosidad al realizado por Sackmann. El presidente Sarmiento honró la memoria de Belgrano inaugurando su estatua ecuestre el 24 de septiembre de 1873 en la Plaza de Mayo. Allí Sarmiento recuerda el origen funerario de los monumentos antiguos y su relación con la memoria mortuoria, postula el deber social de homenajear la memoria de los próceres, se trata de asignar a los monumentos un valor de memoria colectiva para mantener vivas las hazañas que ellos conmemoran, nos dice el Dr. Oscar Andrés De Masi. La estatua del general Belgrano fue realizada por el francés Alberto Ernesto Carrier-Belleuse –maestro de Auguste Rodin y autor del mausoleo de San Martín– y por el argentino Manuel de Santa Coloma. Los homenajes a Belgrano trascendieron nuestras fronteras y en Génova se le levantó un monumento hacia 1927, obra del italiano Arnaldo Zocchi, quien años antes había realizado el monumento a Cristóbal Colón inaugurado en Buenos Aires en 1921, a espaldas de la Casa Rosada.

que el amor nacional dedica a los restos del vencido en Vilcapugio y Ayohuma, generoso vencedor de Salta y Tucumán<sup>11</sup>.

Posteriormente, la urna fue conducida desde el presbiterio del altar mayor hasta el mausoleo por dos alumnos de la Escuela Naval y dos de la Militar, mientras que los cordones de la urna fueron conducidos por Roca, monseñor Terrero, Mitre, Carlos Vega Belgrano, Riccheri, Drago, Betbeder y González. Una vez depositada, fue corrido el velo blanco que cubría el monumento y Gabriel Souto, en nombre de la comisión, hizo entrega de éste pronunciando su discurso. Lo correspondió el ministro González, a cuenta del presidente de la República, exclamando elocuentemente un sentido mensaje:

Señores: reposarán desde hoy en una urna definitiva, de bronce indestructible, las sagradas cenizas del general Belgrano, que por más de ocho décadas yacieron bajo el pavimento de este atrio ungido ya en los albores del primer reguero de sangre, precursor de tantas victorias guerreras y tantas fundaciones institucionales<sup>12</sup>.

Para cerrar el acto de inauguración del mausoleo de Belgrano, hubo desfiles militares encabezados por el general Garmendia y su Estado Mayor.

*La Nación* del sábado 20 de junio de 1903 informa sobre los diferentes aspectos de la ceremonia. Con respecto a la formación militar, el ministro de Guerra había adoptado las siguientes resoluciones:

1°. El día 20 del corriente, a las 12.30 p. m., se encontrarán formadas en traje de gala, las tropas siguientes:

- a) De la armada: la escuela naval y escuela de mecánicos.
- b) Del ejército, al mando del señor coronel D. Pedro Toscano: el colegio militar, dos compañías, con bandera y banda de música, de

---

<sup>11</sup> NICOLÁS GUTIÉRREZ, “Manuel Belgrano en el bronce. Homenajes a la labor, a la patria y al sacrificio”, *Legado* –revista del Archivo General de la Nación–, Publicación digital n° 9, Buenos Aires, febrero de 2018, p. 16.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 17. En 1946, el mausoleo fue declarado monumento histórico por el decreto N° 3039.

los primeros batallones de los regimientos 2, 3, 5, 10 y 12 de infantería de línea; dos escuadrones, con estandarte y banda de guerra, de los regimientos Granaderos a caballo, 4, 8 y 9 (coraceros) de caballería de línea; y tres baterías, con bandera y banda de guerra, del 2° regimiento de artillería de campaña.

2°. Las tropas mencionadas formarán a la hora indicada en la forma y paraje siguientes:

a) La escuela naval y escuela de mecánicos, en la calle Defensa, con frente al este, apoyando su derecha en la calle Belgrano, prolongándose al norte.

b) El colegio militar y demás tropas del ejército, en la calle Belgrano, con frente al norte, apoyando su derecha en la calle Defensa, y siguiendo por aquélla y Perú, con frente al este hasta la Avenida de Mayo, prologándose por ésta con frente al norte.

3°. Una guardia de honor, constituida por 20 cadetes de la escuela naval y 20 cadetes del colegio militar y las banderas de dichos institutos, custodiarán la urna conteniendo los despojos del prócer, hasta la terminación de la ceremonia. Esta guardia de honor será mandada por el subteniente D. Manuel Belgrano.

4°. Cuando se presente el Excmo. señor presidente de la República, las tropas rendirán los honores reglamentarios.

5°. Desde las 12.30 p. m., una batería de artillería, emplazada en el Paseo Colón frente a la calle Belgrano, hará un disparo de cañón de diez en diez minutos, hasta la terminación de la ceremonia, en que hará una salva de 101 cañonazos.

6°. Terminada la ceremonia, las tropas de mar y tierra expresadas desfilarán en columna de honor, con frente de secciones, por delante del monumento, rindiendo los honores a los restos del ilustre patricio, y siguiendo por las calles Belgrano y Balcarce hasta la de Rivadavia, por ésta hasta la de Bolívar y por ésta hasta la Avenida de Mayo, por la cual seguirán hasta la de Callao, donde se dislocarán para dirigirse a sus respectivos alojamientos.

7°. Al pasar las tropas por delante de la estatua del prócer, en la plaza de Mayo, le rendirán honores.

8°. El mando de las tropas de mar y tierra será ejercido por el señor general de brigada don José Ignacio Garmendia, jefe del estado

mayor del ejército, teniendo como jefe de estado mayor al teniente coronel D. José A. Rojas, debiendo él designar los ayudantes<sup>13</sup>.

En junio de 1920 se realizaron diversos actos para conmemorar el centenario de la muerte de Belgrano; en su honor desfilaron fuerzas militares y se efectuaron homenajes religiosos y civiles. El acto conmemorativo central del centenario de su tránsito consistió en la celebración de un solemne funeral por su alma. El intendente de Buenos Aires, Dr. José Luis Cantilo, comenzó su discurso de homenaje con estas palabras:

Pudo detenerse la multitud frente a la estatua de Belgrano, en la cual el guerrero flamea la bandera de sus inspiraciones; hemos preferido aproximarnos a su mausoleo a fin de revestir de severa religiosidad a nuestros sentimientos, en el deseo de asociarnos más íntimamente al recuerdo de su personalidad y de su obra<sup>14</sup>.

Belgrano también recibió el homenaje de los docentes argentinos, millares de escolares desfilaron ante su mausoleo; asimismo fray Reginaldo Saldaña Retamar, prior del Convento de Santo Domingo y afamado historiador, le rindió su homenaje<sup>15</sup>.

---

<sup>13</sup> “Inauguración del mausoleo a Belgrano. Detalles de la ceremonia”, *La Nación*, Buenos Aires, 20 de junio de 1903, p. 6. La tribuna oficial estaba instalada en el atrio del templo. Primero se celebró la santa misa, luego tuvo lugar la oración fúnebre, después se ofició el responso, a continuación se trasladaron las cenizas de Belgrano al mausoleo, y por último se inauguró el monumento. Véase también: “Mausoleo a Belgrano. Varias informaciones”, *La Nación*, Buenos Aires, 19 de junio de 1903, p. 6. “Inauguración del mausoleo a Belgrano. La fiesta de ayer”, *La Nación*, Buenos Aires, 21 de junio de 1903, p. 6. En el mismo diario encontramos esta invitación oficial: “En la sesión de ayer se leyó el mensaje en que el presidente de la república invita a los miembros del senado para concurrir al funeral por el 83° aniversario del fallecimiento del general Manuel Belgrano y traslación de sus restos al mausoleo construido al frente del templo de Santo Domingo”. “Senado. Mausoleo de Belgrano”, *La Nación*, Buenos Aires, 19 de junio de 1903, p. 3.

<sup>14</sup> VICENTE OSVALDO CUTOLO, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, t. 1, Buenos Aires, Editorial Elche, 1968, p. 394.

<sup>15</sup> Belgrano tardó en ser homenajeado por una patria por la que dio todo y, por mucho tiempo, recibió poco y nada. El 9 de junio de 1938, el Congreso Nacional argentino sancionó la Ley N° 12.361, que establecía la fecha 20 de junio, día del fallecimiento de Manuel Belgrano, como Día de la Bandera. Finalmente, Belgrano fue reconocido por haber enarbolado por primera vez en Rosario, a la vera del río Paraná, el 27 de febrero de 1812, nuestra bandera nacional. En 1944, se fundó el

Podemos decir que Belgrano fue grande sin pretenderlo, y encontró la gloria sin buscarla en el camino del deber. ¡Honor y gloria al padre inmortal, al maestro insigne y al creador de nuestra enseña! General Belgrano, ¡descanse en su tumba!

---

Instituto Belgraniano, cuya finalidad es popularizar la vida y la obra del eminente prócer. Sobre los homenajes tributados a Belgrano en el siglo XIX, véase: DANIEL BALMACEDA, *Belgrano. El gran patriota argentino*, Buenos Aires, Sudamericana, 2019, pp. 286-293. Sirva nuestro estudio como sencillo homenaje al cumplirse los doscientos años de la muerte del patricio en el año 2020.